

CAPITULO XVII.

LA FE Y LA ETNOLOGÍA.

Hemos agotado las objeciones deducidas por la ciencia del estudio del hombre individualmente considerado, fáltanos examinar aquellas que se deducen de la consideracion de los hombres contemplados en esas aglomeraciones que se llaman pueblos. La primera categoría pertenece á la historia natural, la segunda á la historia propiamente dicha. Aquella todavía es poco conocida y por lo mismo exigía una exposicion sintética al par que una refutacion detallada; la otra en-

cierra ménos atractivos y tiene ménos novedad, por esto trataremos de ella sucintamente. Además, este es el lado de la cuestion explorado por el sábio cardenal Wiseman; qué necesidad hay pues de empezar de nuevo su apologética? Nosotros contestamos á los sofismas del dia, no á los de la víspera, impulsados por el deseo de que nuestras refutaciones puedan establecerse triunfantes sobre de los sofismas para que pierdan con ella su oportunidad. El consuelo mayor de los defensores de la verdad consiste en ver que sus obras resultan inservibles por haber muerto los errores que han combatido.

La ciencia de los pueblos los considera ora en sus emigraciones y en sus evoluciones sobre la superficie del globo, y entónces toma el nombre de etnografía; ora en sus leyes usos costumbres y conjunto de su individualidad histórica, y entónces se llama etnología. ¿Qué armas ha podido forjar el escepticismo contra la fé con esos elementos tradicionales? ¿No es indispensable corromper la etnología para que deponga contra la religion? Vamos á averiguarlo.

La etnología estudia desde luego los pueblos bajo el punto de vista de su antigüedad:

discute la época de su nacimiento; la edad de su civilización; y deduce de todo ello la conciliación ó la imposibilidad entre el cómputo de la Biblia y el de su historia. Según hemos visto la cronología bíblica ha quedado fuera de toda duda en el tribunal de la antropología prehistórica. ¿Será acaso dudosa bajo el punto de vista de la etnología? Aun cuando la segunda de estas dos cuestiones tenga un interés insignificante para la solución de la primera, importa sin embargo dejar debidamente establecido que, según los textos históricos, del mismo modo que según la geología; según los testimonios escritos, de la propia suerte que en virtud de los vestigios hallados en las entrañas de la tierra, la aparición de nuestra raza en este mundo es relativamente reciente. Unos han fijado la fecha á seis mil años, otros á siete mil. ¿Han probado lo contrario los indianistas, los chinólogos y los egiptólogos? Tal es la primera objeción que estamos llamados á resolver; y que dimana su origen de la cronología.

La etnología estudia también los pueblos bajo el punto de vista de sus lenguas é idiomas, y la fé se halla interesada en este estudio por un lado importante. ¿Pueden red-

cirse las lenguas á un tipo único y primordial, confirmativo de la unidad de la especie humana? Si todos los hombres descienden de un mismo padre, debieron hablar en un principio una misma lengua: si proceden de varios, han debido hablarlas distintas; son estos dos hechos, corolario el uno del otro: ahora bien, del mismo modo que las diversidades de conformación y coloración entre las razas no perjudican á la unidad de la especie; las diferencias características de las lenguas ¿son compatibles con el dogma de un solo dialecto inicial? ¿Es posible conciliar el hecho de nuestro origen monogenista, es decir, de una sola pareja primitiva, hablando y transmitiendo un mismo lenguaje, con las variantes sin número y sin analogía que presenta la palabra humana entre los diferentes pueblos? Es esta la segunda objeción que debe ocuparnos, la cual nace de la filología.

Finalmente la etnología estudia los pueblos bajo el punto de vista de sus costumbres de sus escritos, de sus monumentos, y esta partes de sus investigaciones aplicada al Oriente, hace convertido en muchos conceptos en complemento de la apologética. Actualmente los estudios orientales ponen de

manifiesto tantas semejanzas entre nuestros libros santos y las literaturas sagradas de dichos países, que ha sido necesario vengar nuestros libros de la acusación de plagios. Hubo un tiempo, sin embargo, en que la objeción se presentó en sentido inverso. El Oriente, todavía desconocido, no había aportado los justificativos de la ciencia profana á los textos revelados y entonces se preguntaba: ¿Hallase marcada con el sello de autenticidad que se llama color local? ¿Encuéntrense en ella fielmente retratados los usos y costumbres de las naciones vecinas y contemporáneas de Israel? ¿La historia comparada de las razas semíticas corrobora la de los hijos de Abraham? Tercera y última objeción que debemos resolver, que abarca cuantas materias quieran imaginarse y que procede de una rama de la ciencia, conocida en el día con el nombre de orientalismo. Digamos de pasada que esta solución será breve, puesto que no tenemos necesidad de probar que la Biblia es una fiel reproducción del Oriente, á los que la acusan de ser una copia servil.

I.

¿Qué debemos pensar de esas dinastías, de esas literaturas y de esas religiones que tienen la pretensión de remontarse á centenares de miles de años? ¿Pueden producir pruebas en apoyo de tan prodigiosa antigüedad? Consigamos desde luego que aún cuando pudieran, el cristianismo no tendría porqué inquietarse. "En el estado actual de los conocimientos dice un autorizado relator de este debate, es imposible señalar en época precisa el nacimiento del género humano; la Biblia no fija cifra alguna positiva respecto del particular y en realidad carece de cronología para las épocas iniciales de la existencia humana, lo mismo que para la que media entre la Crea-

ción y el Diluvio, y la que va desde el Diluvio á la vocación de Abraham. Los datos que los comentadores han pretendido deducir son completamente arbitrarios y carecen de toda autoridad dogmática. Entran de lleno en el dominio de la hipótesis histórica" (1). No obstante lo dicho, no queremos aprovecharnos de las ventajas de esta posición contra los partidarios de la cronología fabulosa. En lugar de declinar la responsabilidad de nuestros datos, preferimos discutir los suyos. En del efecto, mismo modo que la paleontología, retrasa la cronología á su capricho el pasado de la humanidad, ya un cuando el placer que con este juego se proporciona, no nos causa perjuicio alguno, cumple poner de manifiesto que forja novela en vez de dar historia. Esta verdad se aplica á los anales de tres pueblos que se han engejecido así mismos has un extremo increíble, con el propósito de ennoblecerse, y cuya nobleza se ha exagerado á sabiendas á fin de disminuir la de los Hebreos: aludo á los Indos, á los Chinos y á los Egipcios.

[1] Laperrousse, *Hist. nat. del Oriente*.

Con autoridad al siglo décimo séptimo, solo teníamos de la India un conocimiento verdaderamente legendario. Alejandro y Seleuco Nicator apenas la habian reconocido; posteriormente los Lágidas, los Arabes, los Portugueses, los Holandeses, los mismos Franceses la habian frecuentado sin darla á conocer, de suerte que los gusanos de seda que en el siglo sexto trajera el monje Cosmus, constituian acaso el unico resultado que reportara la Europa de esa lejanas relaciones. Mas convertidos los ingleses en dueños de ese suelo riquísimo, merced á la influencia de la compañía de las Indias orientales, solo tuvieron dos preocupaciones: monopolizar en provecho propio sus riquezas materiales, y compartir con el resto del universo los tesoros históricos y literarios. Una sociedad asiática fundada en Calcuta en 1783, fué el foco activo de esas nuevas investigaciones. Tres hombres notabilísimos, William Jones, Colebrooke, y H. Wilson la dirigieron sucesivamente; durante los primeros años de su existencia, viéndolo á ser los iniciadores de una erudición indianista, que acogió con entusiasmo el filosofismo europeo, por la única razón de proporcionarle argumentos contra la fe.

Tres objetos de esta erudicion en particular, sirvieron de instrumento á los reucores anti-cristianos: la astronomía, la historia y la literatura, á lo que se decia, desmesuradamente antiguas de los Indos.

El promovedor más acreditado de las antigüedades astronómicas de la India en Francia, fué el desgraciado Bailly. Este escritor que era un artista extraviado en las sendas de la política, pagó con la cabeza el error de haber desconocido su vocacion. Fundado en una tradicion tomada del *Timeo* y el *Cutios* de Platon, creia que el continente sumergido de la Atlántida, y no daba fe á la revelacion bíblica. Abrigaba la conviccion de que habia existido una civilizacion fantástica que debió ser tragada por el Océano; de la cual eran los Indos la prueba y los representantes, y no lo estaba de la verdad de nuestras tradicciones. De aquí que su imaginacion arrasada en pos de Fontenelle viese las quimeras y negase las realidades. En virtud de semejante alucinacion concedia á los Indos una ciencia muy adelantada, les declaraba una nacion poderosamente constituida tres mil quinientos años antes de Jesucristo, y les atribuía tablas astronómicas de una antigü-

dad, si cabe, superior. A grandes bromas habido lugar las tablas referidas, y más habria sido aún, si la simpática memoria de Bailly no hubiese puesto á cubierto del ridículo sus vanas fantasías; ¿más qué diremos nosotros para informar la conciencia del lector?

Delambre manifiesta: "Que no existe razon para admitir la realidad de las pretendidas observaciones de los indos." Laplace se pronuncia formalmente contra la antigüedad de tales cálculos, considerándolos como tomados de la astronomía Griega de los alexandrinos. Klaproth, Lassen, Weber, este especialmente, consideran toda la astronomía de los Indos como fundada en las observaciones hechas con posterioridad á Alejandro-Magno. Ciertamente Strabon, habla respecto del particular, de las nociones brahmánicas; pero es simplemente aludiendo á ciertas observaciones siderales que nada tenían de científicas. Finalmente, Bentley, despues de haber analizado todos los tratados indios de matemáticas, traducidos por Colebrooke, afirma que nada autoriza á creer que los Indos hayan establecido jamás, de un modo correcto, las bases de una astronomía; que su libro de ciencias (*Surya siddhanta*), al cual atribuyen los

brahmanes una antigüedad de muchos millones de años, no cuenta más allá de siete siglos de existencia, y que el punto de partida de sus observaciones no es anterior á mil doscientos años ántes de Jesucristo.

Conozco el ruido que se ha metido con una cierta leyenda intitulada *Krishna*, que, por su título y por su acción recuerda el nombre de Cristo y su historia, de manera que colocando su origen en una antigüedad inmemorial, se creyó echar, por este mero hecho sobre el Evangelio el descrédito de una obra de imitación. Pero Bentley, fundándose en la posición de los planetas, tal cual se halla descrita en este relato apócrifo, demuestra que no remonta más allá del siglo séptimo de nuestra era y que es un grosero pasticcio del Evangelio inventado por los brahmanes, con el objeto de evitar que los naturales del país abrazaran el cristianismo. ¡Singular documento justificativo en apoyo de los inconmensurables periodos estudiados por la astronomía védica.

Ni merece tampoco mayor crédito la historia de dichos países. Causa admiración leer en la Biblia que ciertos patriarcas vivían más de novecientos años; pues bien los indios con-

ceden á sus primeros reyes una longevidad de doce docenas de siglos. El más formal de sus analistas, el hijo de un primer ministro que por los años de 1200 escribió la crónica de Kachmir, hace vivir tres siglos á un rey que habia existido algunos ántes de la época en que él escribía, porque convenia así para ajustar debidamente la narración. Es decir, que se escribiría una historia más verosímil con los recuerdos mitológicos de la Grecia, que con las tradiciones de la India. Los Pauranas y los Vedas no pueden en manera alguna servir de punta histórica, más que al espíritu de sistema llevado hasta la demencia. A bien que nada tiene de demencia dar crédito á narradores que no creen ni en ellos mismos. M. Vilfort empleaba como auxiliar en sus investigaciones relativas á los textos indios á un pandit, que consideraba completamente concienzudo. Un día le sorprendió borrando y cambiando versos á centenares en los libros sagrados, y como le echara en cara su infidelidad y atrevimiento, contestó que era un procedimiento usado entre ellos, para mejor honrar á los héroes y á los dioses; véase por consiguiente lo que son las honradas elucubraciones presentadas á Eu-

ropa como más verídicas que nuestros libros sagrados! Por esto no existe quien de sincero se precie, que se decida á lanzarse, seguro de no perderse, en el inextricable laberinto de la cronología indiana. A duras penas ha logrado Klaproth fijar el comienzo de un modo formal se entiende, en el siglo duodécimo. y Lassen coloca entre dos mil y mil quinientos años, ántes de nuestra era, el origen de los gobiernos regulares á orillas del Ganges; lo cual significa que se penetra nuevamente en el órden bíblico, por medio del buen sentido, cuando se ha abandonado por la hipótesis, puesto que la Biblia remonta á veinte siglos ántes de Jesucristo la fundación de los más antiguos imperios.

En cuanto á la literatura sugrada de los Indos los incrédulos la han ensalzado ridículamente con el propósito de rebajar la nuestra. Según ellos los libros de los Vedas son más antiguos que el Pentateuco pero según Colebrooke y todos los verdaderos críticos, los Vedas son posteriores en docientos años al siglo de Moisés, y á duras penas anteriores en mil quinientos al comienzo de nuestra era. ¡A esto se reducen las suposiciones de la cronología de invención! ¿Quiere saberse por lo

demás, qué fé prestan los espíritus fuertes, á la antigüedad de los libros distintos de la Biblia? Escuchemos los sonos de la trompeta tocada por Voltaire en favor de este género.

“Una casualidad feliz ha permitido describir en la biblioteca de Paris un antiguo libro de los brahmas, el *Ezour-Veidam*, escrito antes de la expedición de Alejandro á la India. . . . traducido por un brahma. En realidad no es el mismo *Veidam* sino un resumen de las opiniones y de los ritos contenidos en esta ley. Por consiguiente podemos envanecernos de tener hoy algun conocimiento de los escritos más antiguos que existen en el mundo. Al presente no cabe dudar de la verdad, de la autenticidad de este ritual de los brahmanes, etc., etc. (1).”

¿Mas es esta la historia verdadera del *Ezour-Veidam*? De ningún modo: nosotros vamos á darla despojada de todos los ornamentos con que la embelleció la superstición volteriana. Sir Alejandro Jonhson, superior de la justicia en Ceylan, recibió el encargo de redactar un código de leyes para los natura-

(1) *Manuscrito sobre las costumbres.*

les del país, por cuyo motivo trató de proporcionarse el *Exour-Weidan*, con el propósito de inspirarse en esta obra considerada como una maravilla por la escuela filosófica. Habiéndose trasladado á Pondicheriy, alcanzó del gobernador, que lo era el conde Dupuis, autorizacion para examinar los manuscritos de la biblioteca de los jesuitas, que no habia sufrido el menor desarreglo con posterioridad á la época en que habia salido de la India. Con gran sorpresa de sir Johnson, encontráse entre aquellos legajos llenos de polvo el *Exour-Weidan*, que en vano habia buscado por todas partes. Sin embargo M. Ellis, superior del colegio de Madrás examinólo detenidamente, y gracias á semejante estudio pudo convencerse de que el texto primitivo de la obra se debía á los cuidados de un sábio jesuita, Roberto de Nobilibus, sobrino del cardenal de Bellarmino, que en 1621 la hizo componer con el objeto de convertir al cristianismo á los Indios y especialmente á los brahmanes.

De manera que Voltaire tenia entre manos la obra de un jesuita, y la tomaba por al trabajo de un brahma: tenia ante sus ojos un comentario del Evangelio, y consideraba este,

como palido reflejo de aquella: finalmente, esta obra datada del siglo décimo séptimo, y él la proclamaba "más antigua que Alejandro, escrita por un autor antiguo sobre un texto más antiguo todavía!" Dígase ahora que los cronologistas del libre pensamiento no están á cubierto de toda sorpresa! Despues de tales errores es indispensable saltar hasta los zodiacos de Denderach.

Ya que el pasado remoto de la India, bajo el punto de vista astronómico, histórico y literario, tiene solo una certeza mitológica, ¿gozará más autoridad el pasado de la China? Los Chinos no se paran en barras cuando se trata de adjudicarse años, pero su fraude es tan conocido que apenas hay necesidad de discutirlo.

El analista más antiguo de la China, Confusio, vivia de cuatrocientos á quinientos años antes de Jesucristo. Su libro el *Chou-King*, quemado por orden imperial doscientos años despues de su publicacion, fué recompuesto, segun parece, bajo la direccion de un anciano de prodigiosa memoria que lo recordaba de un cabo á otro. Este es el único titulo que garantiza la modesta antigüedad

de tres millones, *doscientos sesenta y seis mil años*, que se adjudican los hijos del Cielo.

Klaproth y Lassen no vacilan en declarar que no existe certeza alguna histórica en las crónicas chinescas, con anterioridad al siglo VIII antes de nuestra era. Es verdad que Abel Remusat se halla dispuesto á extender esta cesteza hasta 2637 años ántes de Jesucristo y hasta á pensar que los caracteres chinos datan de tres ó cuatro generaciones despues del diluvio; mas prescindiendo de que esta hipótesis no contradice en manera alguna la cronología de los setenta, es preciso convenir en que los trabajos de los sinólogos últimamente llevados á cabo, son ménos favorables á las conclusiones de Abel Remusat que á las de Klaprot y de Lassen. En resumen, el Celeste imperio comienza á tener historia cuando la literatura hebreaica camina á su ocaso, lo que prueba que el árbol genealógico de los Hebreos tiene en lo pasado raíces mucho más profundas que el de los Chinos. ¡Extraña contradiccion! para los escépticos de nuestros dias, todo aquel que pretende remontar á la época de las cruzadas sus timbres de nobleza, es un simple aventurero; en cambio se considera digno de fé, y me-

rece ser tomado en serio el pueblo que falsifica su cronología en muchos millones de años, con tal que su falacia desmienta la verdad religiosa.

Despues de la Italia y de la China, el país de las antigüedades quiméricas es el Egipto. La cronología aventurera descubrió en él hace como medio siglo, pretendidas observaciones astronómicas que databan de siete mil años ántes de Jesucristo, siendo así que eran meras representaciones astrológicas, ú horóscopos del tiempo de Andriano. MM. Champollion y Letrone han confundido los calculos mistificadores de Esneh y de Denderah; mas ¿qué podremos decir para encerrar en breves líneas las incertidumbres del caos decorado con el nombre de egiptología?

Convenimos, desde luego, en que el Egipto posee los monumentos más antiguos. Canteras de una piedra de tal calidad que es casi inalterable; el limo del Nilo admirablemente apropiado para la fabricacion de tejas impecederas; una corteza leñosa y suave que ofrece una superficie muy apta para los ensayos de pintura y escritura; un clima por demás favorable, por su sequedad, para la conservacion de los objetos; un cielo despejado

que convida al hombre á espaciarse en la contemplacion sideral; finalmente, el instinto de los naturales que los lleva á utilizar las aptitudes de su país para la perpetuacion de los recuerdos; tales son las causas que explican la riqueza de Egipto como museo arqueológico; pero nada existe que pueda justificar ni la antigüedad que se le atribuye, ni el partido que de ella pretende sacarse contra la fé.

También convenimos en que Lepsius y Bunsen son dos egiptólogos de una autoridad imponente y en que fijan la aurora de las verdades históricas, cabe los bordes del Nilo, á unos cuatro mil años ántes de Jesucristo. En cambio, otros no ménos bien informados, han emitido un juicio completamente distinto: Wilkison reduce este período á la mitad; MM. Stuar Poole, Champollion, de Sacy, Rosellini, Th.-H. Martin, comparten la propia opinion: finalmente M. Mariette, cuya autoridad en esta materia es muy respetada, declara que los Egiptos jamás han tenido cronología. Muchas son las causas que explican lo enorme de los errores cometidos en tales suposiciones.

1.º Los Egiptos carecen de era comun

que les sirva de punto de apoyo para juzgar de la época en que se realizaron los acontecimientos. Contaban los años por los reinados y el primero de cada uno de estos conducía de nuevo á la unidad; de manera que el adicionar estos fragmentos de historia para componer un todo escalonado con exactitud en los datos y en los siconismos, es un trabajo casi imposible, en el cual la conjetura debe usurpar continuamente el lugar de la verdad,

2.º Herodoto, que visitó el Egipto hácia el año 450 antes de Jesucristo, nos dá unicamente una cronologia llena de incoherencias y contradicciones. Diodoro de Sicilia, que llevó á cabo el propio viaje antes de la era cristiana, nos refiere que que los sábios del país disputaban para saber si la primera pirámide contaba entónces mil, ó tres mil cuatrocientos años de existencia.—Como si dijéramos una frusleria, tratándose de un acontecimiento por otra parte muy difícil de comprobar.—Por último, la mayor parte de las cronologias egipcias descansan en la relacion de Manethon, gran sacerdote de Heliópolis. Ahora bien ¿que fé merece esta historia? Josefo acusa al autor de haber compuesto

narraciones increíbles y cuentos falaces (1). A fines del siglo segundo el texto original de Manethon se perdió y solo se encuentra en copias en las cuales las variantes, las glosas, las contradicciones más groseras no tardaron en desfigurar el fondo. De aquí el que la restauración del texto auténtico, varias veces emprendida por los eruditos, no haya producido más resultado que marearles y acabar con su paciencia.

Añádase á esto que si han existido realmente las treinta dinastías de reyes mencionados por Manethon, de ~~los~~ ^{los} de Menes, es probable que fueran simultáneas, es decir, sobre diferentes tronos de la misma nación al propio tiempo; por ejemplo en Menfis, en Sais y en la Etiopia, y por consiguiente deben ser contadas unas al lado de otras, no á continuación, lo cual modifica singularmente las evaluaciones cronológicas. Es preciso recordar también que Josefo, Eusebio, el griego Eratóstenes, M. Bunsen y los más eminentes egiptólogos de nuestros tiempos profesan esta opinion, que reduce en gran manera la

[1] *Cont. App.* 1, xxxii.

trascendencia de los cálculos manethomianos, y se convendrá en que es preciso hallarse dotado de una fé original para no creer en la Biblia, porque se cree en las dinastías divinas del Egipto.

3. ° Además de lo dicho, tenemos que los monumentos que, hace cincuenta años, parecían prometer importantes revelaciones á los investigadores de ruinas egipcias, ofrecen las mismas lagunas que la historia. A veces pasa una larga serie de dinastías sin dejar huella de su existencia. Cinco listas de los reyes de dicho país se han entregado á la curiosidad del mundo sábio formadas con los fragmentos arqueológicos, y la verdad es que se contradicen mutuamente. El *canon* de estos nombres conservado sobre papiros en el museo de Turin, la tabla de Karnahk, la de Sakkarah y las dos de Abydos presentan series discordantes y conjuntos inconciliables. ¿Cuál es el medio de componer cuadros cronológicos con esta conografía lapidaria desprovista de toda claridad y sin clave para su interpretación?

¿Quién sabe si el mismísimo Menes, colocado por los egiptólogos en el punto de partida de su conología, es el Manu de la India;

el Mito de Creta; el Magnés de la Frigia; el Manos de la Lydia; el Manus de la Germania? Nada sorprende como *quidproquo*, en el estudio de semejante país. Cuando se considera que la carencia de monumentos significativos ha echo dudar á los sábios si la dominación de los Hiksos duró quinientos ó dos mil años, se asusta el estudioso de la latitud concedida á las combinaciones sistemáticas, y se sorprende, al par, de la facilidad con que se aprovechan de ella ciertos espíritus.

Digamos, pues, pura concluir, valiéndonos de las palabras de un crítico de grande autoridad: "Que sea la que quiera la precision aparente de sus cálculos, la ciencia moderna fracasará siempre en sus tentativas para restituir á la historia del Egipto lo que no poseían los Egiptios, el escrúpulo de la exactitud. Por lo demás, restituir á las lista de Manethon el elemento cronológico que le han quitado las alteraciones de los copistas, es obra enteramente imposible. De la misma suerte que la ciencia se siente hoy con capacidad suficiente para afirmar que un monumento pertenece á tal ó cual dinastía, da prueba de su recto proceder, evitando el pronun-

ciarse sobre la fecha absoluta á que dicho monumento se remonta. La duda aumenta en semejante materia, á medida que esta se aparta de los tiempos próximos á nuestra era (1.)

Hé ahí un acto de conciencia de que han sabido dispensarse frecuentemente los anticuarios del país de los Faraones, ¿Hablaremos ahora de la Caldea con sus anales eternos, en los cuales se ve á diez reyes ocupar el trono durante un período de cuatrocientos treinta y dos mil años? No pasan tales hechos de puerilidades imaginadas por Beroso, sacerdote babilonio, cuya audacia rivalizaba con la del gran sacerdote de Heliópolis. Ambos escritores vivieron en la época en que el Oriente, vencido por Alejandro, quería eclipsar la Grecia por las glorias de un pasado espléndido y tomar en la historia la revancha de sus humillaciones presentes; mas cometen la mayor de las insensateces los lectores del siglo décimo nono que se hacen cómplices de este fraude absurdo, juzgándola harito espaciosa para obscurecer al Evangelio!

[1] M. Mariette.

II.

El restablecimiento de la verdad cronológica es un suplemento de nuestras pruebas procedentes contra la antigüedad fabulosa del género humano: la respuesta de la objecion basada en la multiplicacion de las lenguas primitivas, que implicarian la pluralidad de las especies humanas, es un nuevo argumento en favor de la antropología monogenista.

Los progresos de la lingüística han dado vida y crédito á este género de ataques. Desde el comienzo de este siglo, las relaciones y las diferencias observadas entre las varias y distintas lenguas, han creado estudios comparativos respecto del particular, y nuestros des-

cubrimiento filológicos se han considerado de no menor importancia por algunos, que la aplicacion del vapor á las artes mecánicas y la de la electricidad á la comunicacion del pensamiento. No han bastado con adivinar y referir á la unidad las formas gráficas del Egipto, ni con descifrar las más misteriosas inscripciones del Oriente y de la Escandinavia, sino que se han analizado los dialectos, clasificado sus familias, reducido todas sus ramificaciones á algunas ramas principales, y deducido de todo ello que en un principio debían existir diversos linajes humanos, ya que había diferentes lenguas. El argumento sería decisivo si en vez de una conclusion no expresara un problema. La fé, sin definir nada absolutamente respecto del origen del lenguaje, nos enseña por su lado, que Adán habló desde los primeros dias de la creacion, que despues del diluvio, reunidos los hombres al pie de la torre de Babel, eran todavía de *una sola palabra*; mas que á partir de este instante, las diferencias entre dialectos se acentuaron de tal modo, que la comunicacion oral entre pueblo y pueblo resultó imposible. Contra este castigo es imposible establecer oposicion alguna var-

daderamente histórica. El recuerdo de Babel y de la confusión de las lenguas hace conservado entre los Babilonios de la llanura de Sennaar. Una inscripción perteneciente á la época de Nabucodonosor, llama á la torre de Babel "la torre á pisos, la casa imperecedera, la torre de las lenguas que construyó el primer rey sin poder terminar lo comenzado. Los hombres la habian abandonado despues de los dias del diluvio, profiriendo sus palabras en desórden." Segun esta inscripción, dice M. Lenormant, pueden reconocerse los restos gigantescos del monumento entre las ruinas de la antigua Babllonia. Los habitantes del pais dan actualmente á estos restos el nombre de la torre de Nemrod. Levántase en la llanura como una montaña. Es un monton inmenso de ladrillos simplemente secados al sol, que al hundirse han formado varias colinas.

De manera, que basta lo dicho para dejar perfectamente establecido el triple hecho de la unidad primitiva del lenguaje, de la confusión posterior, y de la dispersion del género humano. ¿Qué opone la filología anti-cristiana á estos datos fundamentales de la cuestion? Un sistema de linguística, no pruebas,

Acaso sueños fantásticos en lugar de la realidad histórica.

Josefo, Onkelos, y con ellos toda la edad media, habian equivocadamente presumido que las lenguas de los gentiles eran una trasformacion de la lengua hebrea, y que Adan y Eva hablaron dicha lengua en el Paraiso terrestre. Ciertó que fundándose en los trabajos de gramática y lexicografía general, llevados á cabo en nuestros dias, hase asegurado que todas las lenguas pueden reducirse á las tres grandes familias, semíticas, indo-europeas, y chinecas. Mas, anteriormente á la formacion de estas, ¿no ha existido una lengua primitiva que sirvió para toda la especie humana? ¿La unidad original del lenguaje, es inconcilliable con las verdades indubitables de la filología? Solo la filología temeraria ó poco conzienzuda puede sostenerlo.

En efecto, ¿cual es la base de su argumentacion? Vamos á decirlo. Así como la corteza terrestre se divide en diversos sedimentos existen en el lenguaje tres estados ó condiciones sucesivas de existencia que responden á otras tantas estratificaciones: su primera forma y la más antigua, es aquella en que las palabras constituyen un sonido único, de

aquí las lenguas monosilábicas, por ejemplo, el chino; la segunda forma es aquella en que el mecanismo gramatical se complica y constituye las lenguas llamadas aglutinantes, como la turaniana, por último, la tercera es aquella en que las lenguas experimentan una modificación más fundamental aun haciéndose flexibles, por ejemplo, las aryanas y las semíticas. Pues bien dice la filología anti-unitaria, no existe lengua alguna que haya podido pasar del estado monosilábico al de aglutinación, y de este á las inflexiones, y por consiguiente, los hombres han creado de un solo golpe esas diversas categorías de lenguaje, y el género humano ha empezado por muchas familias, puesto que ha comenzado por muchos idiomas.

Si fuesen ciertas las premisas, admitiríamos la consecuencia; pero nunca como en esta ocasión, lo que se ha convenido en calificar con el nombre de ciencia, ha abusado hasta tal punto de la credulidad del público, para darle enigmas á manera de cosa perfectamente demostrada.

En qué se fundan, el profesor Qolt y su escuela, para sostener que no es posible transición alguna de un grupo á otro de estas len-

guas? Propiamente hablando no existe lengua alguna que se halle exclusivamen encadrada en una de estas tres familias. El mismo chino encierra formas que pertenecen de lleno á la segunda categoría. Por su lado las lenguas aglutinantes tienden sin cesar á darse el carácter de la inflexión. La línea de demarcación entre los tres géneros existe más bien en la teoría que en la realidad. Acontece con esto lo que con las capas fosilíferas cuyos productos son distintos en principio, pero realmente hallanse con frecuencia mezclados. El carácter dominante, y esto no es exclusivo de las lenguas, es, pues, lo que sirve de base á sus clasificaciones, ya que ninguna excluye rigurosamente los procedimientos de la otra. Nada existe en la estratificación terciaria del lenguaje, dice Muller, que no tenga sus antecedentes y su explicación en la estratificación secundaria ó primaria, y cuando las cosas pasan de este modo ante nuestros ojos, hoy que las lenguas son viejas y su fuerza progresiva se halla agotada, ¿hay valor para afirmar que en el exuberante verdor de su juventud, carecieran del empuje necesario para elevarse del monosílabo á la aglutinación y de esta estación intermedia á

la inflexion? ¿Y los mismos que creen en la trasformacion de las especies vivientes, no pueden prestar fe al movimiento ascensional de las formas del lenguaje?

Este cuadro es demasiado estrecho, y harto notoria nuestra incompetencia para que nos aventuremos en semejante demostracion: mas con prebas irrefragables podemos afirmar que si no hubiese una pasion volteriana empeñada en la cuestion de la unidad primitiva del lenguaje, la filología negativa temeria comprometer su honra en esas conclusiones tan poco autorizadas contra esta verdad.

Por lo demás, suponiendo que no pudiera probarse que las lenguas aryanas y semíticas hayan sido indánticas en el período del monosilabismo, es preciso convenir por lo menos en que no existe fundamento alguno para sostener lo contrario. Los esfuerzos que se han hecho para remontar desde el estado presente del lenguaje a las tres formas iniciales ya mencionadas, ora se recurra á las leyes gramaticales, ora se consulten las asonancias y la eufonia parecen más bien un juego que una empresa científica. Los que, estudiando el organismo de las lenguas, han sostenido que Adán habia hablado el chino ó el

celta, y aún el vasco, así podían basar su opinion en las probabilidades de la lingüística como los partidarios de los tres idiomas primitivos, y esto sin contar con que se hallaban mentidos dentro de un círculo inquebrantable. Para sacar de semejantes sombras argumetitos contra la fé, es preciso amar muy poco á la fé, y mucho más á las sombras.

Yo bien sé que si los filólogos no prueban que hayan existido muchas lenguas en el onumentos para probar que no haya habido más que una; pero nuestra prueba resulta de muchas otras ya aducidas, en tanto que la suya es puramente conjetural y constituye el *desideratum* de gramáticas apenas bosquejadas, de léxicos formados á medias, y en ocasiones todavía menos comprendidos. Por lo demás no puede decirse que sea de la esencia de nuestra tésis el que no deba ser probada. La confusion del lenguaje se halla referida rigen de las cosas, tambien nos faltan los monos en el Génesis como un acontecimiento milagroso y por consiguiente inexplicable. Al paso que la filología irreligiosa jamás dará cuenta de sus hipótesis de un modo que satisfaga completamente, nuestra verdad substancial.

rá con tanto mayor imperio en cuanto es inexplicable, puesto que subsistirá como hecho divino en vez de ser mera probabilidad humana (1).

III.

La etnología aplicada al estudio de las costumbres, de las literaturas y de las antigüedades orientales, es fecunda en confirmaciones bíblicas. La dificultad más grande que presenta, no tanto consiste en descubrir materiales para la apologética, como en saberlos elegir. Los viajeros de todos los países

(1) Véase el *Mundo y el Hombre primitivos* por H. Malgouyrol, el *Catálogo Wislizeni*, Primer discurso.

nos han inundado de relaciones sobre las semejanzas existentes entre los asiáticos de los tiempos pasados y los de nuestra época. En cada nueva edición encontramos nuevas revelaciones y hasta hemos presenciado un cambio de frente operado por el enemigo, á consecuencia de esta superabundancia de luces. Hubo un tiempo en que se echaba en cara á la revelacion el no estar suficientemente justificada por los estudios orientales: más tarde ha encontrado tan completa dicha justificacion, que acusa á la revelacion de no ser más que un plagio de la sabiduría oriental. La primera de estas objeciones se halla destruida por la segunda, y como hemos contestado á esta el tratar de los falsos cultos, y de los orígenes del cristianismo; no sabemos comprender que debamos empeñarnos en refutar á un adversario que se ha refutado á sí mismo; y en destruir, por el mero placer de combatirlos, antagonismos que han dejado de serlo.

Con todo, no carece de interés el ver extinguirse la aurora de esta luz que del fondo del Oriente se ha levantado sobre nuestras tradiciones, y cuya plena claridad ha sido convertida en tinieblas por una ciencia dia-

puesta á corromper tanto sabe y cuanto enseña.

Algunos ejemplos citados por el cardinal Wisemann pondrian de relieve el riguroso paralelismo que existe entre el Oriente tal cual nos la pinta la Biblia, y el Oriente tal cual es en realidad.

El Génesis nos habla de una copa en la cual José leía lo porvenir. Elevado á la dignidad de intendente de Faraon, y ocultándose a sus hermanos tras semejante disfraz les hace decir: *La copa que habeis hurtado es aquella en que mi Señor bebe y lee lo porvenir. ¿Por qué habeis hecho esto? ¿Ignorais que nadie me iguala en la ciencia de la adivinacion* (1)? Desconcertados por la obscuridad del pasaje transcrito, propusieron antiguos criticos, ora interpretaciones, ora traducciones á cual más extravagantes con el objeto de eludir las dificultades de un sentido textual. Uno de ellos Houbigant, llega al extremo de decir: "¿Quien oyó jamás la peregrina especie de hablar de augurios obtenidos por medio de una copa?" Mas hé aquí que los viajeros modernos han

[1] Gén. xiv, 5, 18.

descubierto en Egipto el uso por demás antiguos de las copas adivinatorias (2). En una obra chinesca, escrita en 1792 se lee el siguiente rasgo de las costumbres tibetinas. "A veces los habitantes de este país clavan la mirada en un tazon lleno de agua y ven en ella lo que debe suceder." Tambien los Persas, segun cuentan sus poetas, se valian de una copa que servia de instrumento para sus augurios. Por último, San Efrem, que es el más antiguo de los padres siriacos, nos manifiesta que en su tiempo se sacaban oráculos del sonido que producian las copas al ser golpeadas. De manera que, gracias á una serie creciente de explicaciones, un texto considerado hasta hace poco, como inexplicable y además dudoso, recibe las más inesperadas justificaciones.

Otra coincidencia aclarada por el orientalismo contem poráneo. Los comentadores se han perdido en suposiciones infructuosas sobre la razon de la orden que obligó á José á ir á Belen, con su esposa la Virgen, para ser inscrito y registrado, con motivo del recuento ó empadronamiento general. ¿Porqué

[2] Viejas de Norderm.

á Belen más bien que á otra poblacion más cercana? El Evangelio nos dice como razon convincente, que José era de la familia de David; y que Belen era la ciudad de David; ¿más que extraña anomalía la de hacer inscribir á los pobres, obligándolos á emprender un viaje tan lleno de dificultades, en la capital de la tribú, más bien que en la poblacion cabeza de su residencia? Veinte siglos de tradicion habian visto esta anomalía sin lograr explicarsela; y al cabo de ellos aparece una crónica oriental que encierra la explicacion "Abdalmelich, escribe Dionicio, hizo un recuento de los Syriacos en 1692, publicó un decreto ordenando que cada individuo se trasladara á su país, á su pueblo y á la casa de su padre, á fin de hacerse inscribir, y con la obligacion de dar su nombre y el de sus parientes, con el número de sus rebaños, de sus viñas, y de sus plantaciones de olivos (1)." De manera que los Syriacos del tiempo de Luis XIV, proceden punto por punto del mismo modo que los del tiempo de Augusto; y el texto de S. Lucas se halla confirmado.

[1] *Assemani Bibliotheca orientalis*, t. II, p. 184

firmado por las modernas narraciones del Levante.

Todavía podríamos añadir nuevos motivos sorpresa para el lector mostrándole la geografía de la Escritura dilucidada por los descubrimientos realizados en la literatura egipcia; las ciudades mencionadas por los profetas y por el libro de los Números, designadas por medio de un geroglífico correspondiente á las márgenes del Nilo; en fin, todo el estado físico y moral de los Hebreos reproducido y perpetuado en las costumbres de los orientales contemporáneos (1).

El Nuevo Testamento ha tenido su parte en las aclaraciones que resultan de tales estudios. Algunos rasgos de semejanza entre los textos sagrados y profanos pondrán mas de manifiesto su perfecta concordancia.

Durante mucho tiempo los expositores y los investigadores del estilo evangélico se preguntaron cual era el origen de ciertas expresiones puestas en boca de Jesús que no son de procedencia hebrea tales como *la carne, el espíritu, la luz, las tinieblas*, es preciso, *nacer de nuevo*, etc.: y esta duda ha subsistido

[2] Véase el curioso libro de Beynaeus, *De coelestibus Hebraeorum*.

hasta tanto que se descubrieron muchos sistemas de filosofía oriental, de los cuales con todo intento tomó el Salvador dichos locuciones. En efecto, procedentes de la Persia esas misteriosas doctrinas, habian penetrado entre los fariseos y debian dar nacimiento en breve á las primeras sectas cristianas. Pues bien; Jesus las refutaba de antemano dando á entender que las conocia y reprobaba, y cuando se servia de sus formas hablando á sus adeptos, se proporcionaba las ventajas del vencedor que se reduce á sus adversarios valiéndose de sus mismas expresiones. ¿Habría podido presumirse que semejante sello de autenticidad saliera de las inscripciones arqueológicas de la filosofía oculta, en apoyo de los textos revelados.

Si fijamos por un momento nuestra atencion en el primer capitulo de S. Juan, veremos que ofrece varias de estas analogías con la historia del Oriente, que constituyen el sello más irrecusable de la fidelidad. Sabiase indudablemente mucho tiempo ha, que cuando el águila de Patmos se lanza al seno de Dios y exclama; *En el principio era el Verbo*, no empleaba en manera alguna tales palabras para dar una medida de su vuelo atrevido;

sino para contestar á los Ebionistas y á los Corintios que atribuian á Dios tres hijos, el Verbo, la luz y el unigénito. Mas, por qué razon insiste el cuarto Evangelista en la inferioridad de S. Juan relativamente á Jesús? ¿No le dispensaba la evidencia de las cosas de escribir; *Aquel no era la luz, sino que habia venido solamente para dar testimonio de la luz*? Durante mucho tiempo hemos dejado establecida esta cuestion, ignorando cuáles eran las circunstancias que habian determinado la afirmacion de S. Juan. Mas hace un siglo próximamente, que un jesuita misionero en Asia, el P. Ignacio, reveló á la Europa la existencia de una secta semi-cristiana, establecida en las cercanías de Bassora, que evidentemente derivaba de los antiguos Gnósticos. Pues bien, esta secta llamada de los Sabeos ó de los *Mende-jahia*, discipulos de Juan, hacia á S. Juan Bautista superior á Jesus, y el *Codex Nazaraeus*, que es su Evangelio, publicado por el profesor Norberg, da fe explícita de esta aberracion hasta ahora desconocida. Despues de lo dicho, debe sorprender que San Juan Evangelista, testigo de semejante herejía, apele á su autoridad de Iluminado, para certificar la verdad opuesta,

que entonces se ponía en duda, siquiera hoy nos parezca incontestable: *Non erat ille lux sed ut testimonium perhiberet de lumine?*

Si se sigue detalladamente esta confrontación de los asertos bíblicos, con las piezas justificativas que les proporciona el Oriente, se llega al grado mas elevado de certeza relativamente á la autenticidad de las fuentes de la revelación, pero basta indicar esta mina apologética á los espíritus ávidos de tales demostraciones, para que tengamos que detenernos en explotarla. Por otra, parte hemos ya llenado nuestro cuadro, y hora es ya de que dejemos respirar al lector. Seguros estamos de no haber agotado el asunto; mas el hallarse al término de la tarea siquiera no se halla recorrido paso á paso, constituye al par tormento y satisfacción para los defensores de la verdad.

Retrocediendo ahora con el pensamiento en el camino que dejamos recorrido, nos asalta el pesar de no haber realizado por completo nuestros propósitos; mas nos queda la satisfacción de haber hecho por conseguirlo cuanto estaba á nuestro alcance. Y es que si nos hemos engañado en la ejecución, estamos seguros de haber acertado en la intención.

¿No podríamos añadir que ésta, además de recta ha sido fundada? Este género de obras es tal vez la única buena acción de la cual están obligados á disculparse los autores. En ellas deben habérselas no solo con los incrédulos que no quieren ser convencidos, sino tambien con ciertos cristianos que no toleran en manera alguna verse turbados en la simplicidad de su fé, ni siquiera por medio de argumentos más capases de robustecer la fé de los demás; y con ciertos teólogos rutinarios que hallan mas cómodo atenerse á la apologética que saben, que á la que les cumpliría aprender. Los primeros no deben olvidar que dichas controversias, inútiles para ellos, son á otros indispensables, y que en el mero hecho de aprovechar á algunos, tienen derecho á la indulgencia de todo el mundo. Los segundos se hallan en formal oposición con la tradición de la Iglesia y con las más imperiosas necesidades de su tiempo; dejémoslo entre aquel pasado y estepresente que les condena y vámonos donde halla almas que amparar.

Personas hay, dice Clemente de Alejandría que por tener una elevada idea de sus buenas disposiciones no quieren aplicarse á la filo-

sofía ó á los estudios dialectos, ni siquiera á la filosofía natural: contentándose con la fé desnuda y sin ornamentos, proceden con el mismo fundamento que si quisieran cosechar uvas en una viña que hubiesen dejado sin cultivo. Nuestro Señor es llamado alegóricamente una viña cuyos frutos recojemos mediante un cultivo asiduo, según la palabra del Verbo eterno. Debemos cortar, cavar, ligar y llevar á cabo los demás trabajos necesarios, y así como en agricultura y en medicina, pasa por más entendido el que ha estudiado mayor número de ciencias útiles á ambas artes, nosotros debemos mirar también como el mas apto para el desempeño de nuestro arte sublime, al que de todas las ciencias deduce lo que contienen de útil á la defensa de la fé (1)."

Por su parte S. Gregorio de Nesa alaba en Basilio el que *habiéndose apropiado*, mediante los estudios de su juventud, *los despojos del Egipto, los consagró á Dios, y adornó con tales preseas el tabernáculo de la Iglesia* (2). El edicto de Juliano que prohibía á los cristia-

[1] *Top. opera*, t. 1, c. ix, p. 842.

[2] *De Vita Moyses*.

nos los estudios profanos por el provecho que de los mismos podia resultar á nuestra verdad, fué siempre considerado como una de las mas terribles persecuciones. San Gregorio Nacianceno en la oracion fúnebre de S. Basilio le ensalza porque poseía no solo la ciencia divina, *"sino también la ciencia humana, que hombres poco esclarecidos rechazan como peligrosa y capaz de desviar al alma de Dios* (2)." San Jerónimo se expresa con verdadera dureza hablando de aquellos que *"consideran su ignorancia como santidad* (3)." Finalmente, S. Agustín declara que el cristiano debe apoderarse de las verdades que encierran las obras paganas, para mejor predicar el Evangelio, proponiendo como modelos á Cipriano, Lactancio, Victoriano, Opiato, Hilario y tantos otros como regresaron del Egipto, es decir de los estudios de las cosas naturales, cargados de oro, de plata y de los mas preciados ornamentos. (4).

No cabe desconocer que los Padres de la Iglesia han estudiado mas la filosofía y la

[2] *In laudem Basilii*.

[3] *Epist. xv ad Marcellianum*.

[4] *De Doctrina Christi*, lib. 11, c. 2.

metafísica que las ciencias de la naturaleza; mas consiste esto en que en su tiempo los errores son de un orden metafísico y en que defendían la fé allí dónde la veían atacada. Si las negaciones hubiesen salido entónces de los laboratorios de la materia, ¡que de magníficos tratados hallaríamos al presente en las obras de esos grandes, apologistas relativos á los asuntos que acabamos de desflorar!

Perdónenos Dios esas breves líneas consagradas á nuestra defensa, cuando deberíamos darnos por satisfechos con las puras satisfacciones que concede á los que se consagran á la defensa de su verdad. Sea la que quiera la suerte que á nuestro libro esté deparada, no nos veremos defraudados en la recompensa que de él nos prometemos, puesto que trazamos las últimas palabras dominados por el sentimiento de que se hallaba poseído el ilustre maestro que al terminar su trabajo escribía:

CONCLUIDO ANTE LA PRESENCIA DE DIOS (4)

[4] Weber.

ACTO DE FE.

¡Dios mío! al dar por terminado el presente trabajo, me postro á vuestros piés para ofrecéroslo y pedirme á mí mismo estrecha cuenta de las creencias que he procurado comunicar á los demás.

Con la mano puesta sobre vuestro Evangelio afirmo ante el siglo escéptico que me oye, que despues de haber pesado los problemas que lo extravián, y considerado la razon de sus blasfemias, hallo más viva en mi alma la fé de mi primera comunión y de mi primera misa.

Afirmo que el pesar más grande de mí vida consiste en no haberla más íntimamente sacrificado á esta divina convicción!

Afirmo que mi mayor felicidad y mi suprema dicha consistirían en alcanzar la gracia de morir por confesarla!

Si, la única firma digna de figurar al pié de tal apología, debería estar escrita con la sangre vertida por los autores: ¡dichosos mil veces los que como Justino y S. Cipriano son capaces de reunir en sus pruebas ese doble testimonio!

Mas vos lo sabeis, Jesus mio: en la palabra de honor de vuestros testigos se encierra el precio de la sangre, cuando se hallan dispuestos á derramarla ántes que faltar á ella.

Ojalá que esta seguridad que doy á mis contemporáneos, puestos mis labios sobre vuestros piés traspasados, pueda resonar en el corazón de aquellos que no nos conocen, y que prestan más fé á la conciencia de vuestros defensores que á vuestras revelaciones.

Lo espero de vuestra intervencion misericordiosa, porque este trabajo fué emprendido en colaboracion con vuestra gracia, y puesto que mi accion termina en este punto, la vuestra debe comenzar ahora,

Acabad pues mi libro, ¡oh Padre de las almas: el hombre propone y demuestra vuestra fé, sólo vos teneis el poder de concederla!

DECLARACION DEL AUTOR.

Hijo sumiso de la Iglesia, quiero vivir y morir unido á su fé: si en el curso de esta obra, que abarca numerosos puntos de doctrina difíciles, y á veces inexplorados, me he apartado de la verdad, ruego á Dios se digne perdonármelo; á su Vicario en la tierra que por ello me reprenda; y por mi parte me desdigo, me retracto, y aun repruebo cuanto haya escrito en oposicion á ese juicio infalible.

TOMO SEGUNDO.

INDICE DE MATERIAS.

EXPOSICION.

- Fuentes de la negacion anti-cristiana.
—La pasion.—Las imperfecciones del espíritu.
—Los estudios exclusivos.

LIBRO PRIMERO

De la incredulidad engendrada por las pasiones.